



LÁMPARA A MIS PIES

30 Meditaciones en el Salmo 119

Lámpara a mis pies: 30 Meditaciones en el Salmo 119

Copyright © 2020 por B&H Español

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group

Nashville, TN 37234

A menos que se indique lo contrario, las letras de los himnos presentados en esta obra no son las versiones oficiales, en caso de haberlas, sino que han sido traducidas de manera literal con el fin de mantener la esencia de la letra original.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc. ®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960* © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960* ® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia. Las citas bíblicas marcadas NBLH se tomaron de la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy®, © 2005 The Lockman Foundation. Derechos-Reservados. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NTV se tomaron de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

LÁMPARA A MIS PIES

30 MEDITACIONES en el Salmo 119

Sobre el Salmo 119

«No hay título para este Salmo, ni tampoco se menciona su autor. Es *El Salmo más largo*, y eso es un título suficientemente distintivo. Equivale en tamaño a veintidós salmos de longitud promedio. Este Salmo es alfabético. Ocho estrofas comienzan con una letra, y luego otras ocho comienzan con la siguiente letra, y así el Salmo entero procede en octonarios a lo largo de las veintidós letras del alfabeto hebreo.

Esta sagrada oda es una pequeña Biblia, las Escrituras condensadas, una dosis de Biblina, Escritura Santa escrita en santas emociones y acciones. Benditos aquellos que leen y entienden estos aforismos santos, pues ellos encontrarán manzanas de oro en esta verdadera Hespérides, y podrán reconocer que este Salmo, como toda la Escritura a la cual este alaba, es una isla de perlas, o mejor incluso, un jardín de dulces rosas.

Entre más miras a este espejo de un corazón lleno de gracia, más verás en él. Plácido en la superficie como un mar de cristal ante el trono eterno, y aún así contiene en sus profundidades un océano de fuego, y aquellos que lo contemplan devotamente, no solo verán su brillo, sino sentirán el resplandor de la llama sagrada».¹

-C. H. Spurgeon

1 Extracto obtenido de www.blueletterbible.org

SALMO 119:1

«Dichosos los que van por caminos perfectos,
los que andan conforme a la ley del SEÑOR».

El Salmo 119 es particularmente conocido por su longitud: 176 versículos de un acróstico que recorre el alfabeto hebreo. Algunos creen que fue escrito por David para enseñar a Salomón el abecedario, pero no solo el alfabeto para escribir, sino el alfabeto de la vida espiritual, mostrándole la belleza de la ley de Dios y de andar en ella.

Dichosos, bienaventurados, felices... son palabras que nuestra cultura no necesariamente asocia con la santidad y el guardar la ley, pero para aquellos que han experimentado la seguridad, la instrucción, el consuelo y la esperanza que encontramos en vivir en la Palabra de Dios, son palabras que describen perfectamente su experiencia. Vivir en santidad es algo bueno, algo a lo que debemos aspirar y, sobre todo, algo en lo que podemos gozarnos.

Otra cosa contracultural que vemos en este salmo es que la felicidad y bendición se encuentran, no en seguir nuestro propio camino, sino en someternos a uno superior al nuestro: la ley de Dios. Vivimos en un tiempo donde se nos motiva a buscar lo que nos hace felices, a encontrar nuestro propio camino y decidir lo que es correcto para nosotros, sin embargo, cuando dejamos que sea la Palabra de Dios la que moldea nuestro camino, descubriremos que, lejos de sentirnos esclavizados, encontraremos la verdadera libertad.

A diferencia de muchos otros salmos, el autor comienza a hablar de lo que él observa en otros, no necesariamente en su propia experiencia. No es sino hasta el versículo 5 que lo vemos exclamar algo de manera personal, y lo que expresa es su deseo por poder guardar la ley de Dios y aun su frustración de no poder hacerlo en sus propias fuerzas «¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!» (Sal. 119:5, RVR1960). Los perfectos de camino... por supuesto que el autor iba a hablar de otros. Cuando vemos nuestra propia vida, nuestros problemas, las situaciones por las que atravesamos, nuestras luchas, nuestras faltas y nuestros pecados, ninguno

diría «bienaventurados los que somos perfectos de camino». Estamos muy conscientes de que nuestro caminar no es perfecto. Ninguno de nosotros es ese «perfecto». Todos nos hemos desviado del camino. Ninguno ha llegado a la meta.

Debemos saber que, aparte del evangelio, esto no solo es imposible, sino es algo que nos condena, pero, en Cristo, podemos ver nuestro camino limpiado y nuestra senda enderezada. Limpiado por el perdón de pecados ofrecido por la sangre derramada de Jesús. Enderezado por la misma gracia recibida. La gracia que nos limpia es la misma gracia que nos sostiene, nos motiva a esforzarnos a no ensuciar nuestro camino y a no alejarnos de esa bienaventuranza que apenas estamos comenzando a experimentar y nos va a levantar cuando nos desviamos del camino.

El camino puede ser difícil y la disciplina dura, pero miles de bienaventuranzas son encontradas en la vida piadosa de aquellos que andan en la ley de Dios.

SALMO 119:2

«Felices son los que obedecen sus leyes
y lo buscan con todo el corazón» (NTV).

Desde mediados de marzo del 2020, 33 millones de estadounidenses han presentado solicitudes de desempleo, ya que Estados Unidos eliminó 20,5 millones de empleos. Y la tasa de desempleo se disparó a 14.7 % en abril, que es el nivel más alto desde la Gran Depresión.

El hijo de una querida ancianita de nuestra congregación formó parte de las estadísticas. Su hijo murió en el mes de abril por complicaciones de Covid-19, su hijo fue uno de los más de 90 000 muertos en Estados Unidos.

En tiempos difíciles, en tiempos de dolor, en tiempos de caos, y en tiempos donde abunda la muerte; ¿a dónde acudimos por consuelo?, ¿a dónde acudimos por esperanza?

El día de hoy millones de personas están buscando consuelo y esperanza en las cosas materiales. Su esperanza la han puesto en el gobierno, que ha declarado la Palabra de Dios no esencial para la vida del ser humano. También han puesto su esperanza en el presidente, en antivirales, terapias con plasma y la vacuna contra el Covid-19.

Estas personas siguen viviendo vacías, siguen viviendo en temor, siguen viviendo sin paz.

El Salmo 119 nos muestra que la Palabra de Dios sí es esencial para la vida del ser humano. En el verso 2 vemos la correlación que existe entre la felicidad y la obediencia a la Palabra de Dios.

El salmista nos enseña el resultado de seguir las enseñanzas de Dios y obedecerlas (v. 1), el resultado es la felicidad. Cuando obedecemos cuidadosamente la Palabra de Dios y la buscamos como un tesoro con todo nuestro corazón, Dios promete darnos Su lluvia temprana y tardía para estar verdaderamente saciados en Él (Deut. 11:14-15).

Cuando amamos la Palabra de Dios más que al oro y la plata, cuando inclinamos nuestro corazón a la Palabra, y no a la avaricia, veremos sus maravillas, tendremos mucha paz, seremos sostenidos, seremos vivificados, seremos felices porque estamos conectados con Él.

Me encanta como el profeta Isaías nos resume estas verdades: «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confiad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos» (Isa. 26:3-4).

En tiempos difíciles, ¡cuán felices son los que buscan y obedecen la ley de Dios! Es en esa búsqueda que nos topamos con la vida eterna y conocemos íntimamente a Jesús. «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3).

Recuerda que la vida a veces es difícil, pero Dios siempre es bueno. Felices son los que le buscan con todo el corazón. El caminar cristiano no es una vida sin problemas, sino la presencia de Jesús en medio de ellos.

SALMO 119:9

«¿Con qué limpiará el joven su camino?
Con guardar tu palabra».

El Salmo 119:9, que comienza una nueva sección en este amplio capítulo, nos da la pregunta y la respuesta de un asunto de gran importancia tanto para los jóvenes como para los padres. Para mí que, aunque crecí en la iglesia, tuve un encuentro real con Dios hasta los 15 años, una pregunta que estaba en mi mente como joven era: ¿cómo voy ahora a vivir una vida agradable a Dios? Hoy día que mi hijo mayor tiene 15 años, también me pregunto como padre: ¿cómo mi hijo podrá mantener una vida pura en medio de este mundo con tanta perversión?

Este texto nos da dos realidades, la primera se encuentra en la pregunta «¿Con que limpiará el joven su camino?» (RVR60) o «¿Cómo puede el joven guardar puro su camino?» (LBLA). Implícitamente se establece el estado natural del joven: pecado e impureza. Solo el conocimiento de la gracia de Dios por medio de Cristo, y el verdadero arrepentimiento pueden llevar a un joven a tener una genuina conversión, limpiar sus malos caminos y comenzar a vivir una comunión cercana a Dios. La pureza del joven o del creyente va a ser proporcional al temor e intimidad con Dios.

La segunda realidad que nos muestra el texto es la respuesta a la pregunta establecida: «Con guardar tu palabra». Es necesario que vivamos una vida atentos a conocer y guardar la Palabra de Dios cada día como lo indica el Libro de los Salmos: «Sino que en la ley del Señor se deleita, y día y noche medita en ella» (Sal. 1:2). Si el joven basa su vida espiritual en experiencias pasadas o en un día de la semana, nos percataremos de que las actitudes y decisiones no estarán a la par con el carácter de Dios: «... Sean santos, porque yo soy santo» (1 Ped. 1:16). La limitada información que nos presentan los Evangelios sobre la juventud de Jesús nos da al menos un modelo a seguir tanto para jóvenes como para los padres: «Jesús siguió creciendo en

sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente» (Luc. 2:52). Como padres, debemos de levantarnos cada día con la meta de ayudar a nuestros hijos menores a crecer en el conocimiento de la Palabra y aplicación de esta, lo cual les ayudará a desarrollar un deleite en Dios y Su palabra y en el servicio hacia los demás. Por otro lado, el joven, quien de acuerdo con la cultura hebrea es responsable de sus acciones desde los 13 años, debe de perseguir intencionalmente las cosas del reino de Dios y rechazar las que le presenta el mundo, la carne y el enemigo.

Una manera práctica que hemos tratado de implementar en nuestro hogar, aun en estos tiempos de pandemia, es poner la prioridad de que antes de hacer cualquier actividad individual o familiar, cada quien necesita tener un tiempo íntimo con Dios orando y estudiando la Palabra de Dios. Este acto nos permite tener conversaciones durante el día con nuestros hijos adolescentes dirigidas a lo que Dios les está enseñando personalmente y aprovechamos para instruirlos en cualquier aspecto que entendamos sea necesario enfatizar o reforzar.

SALMO 119:10

«Yo te busco con todo el corazón;
no dejes que me desvíe de tus mandamientos».

Los salmos con frecuencia nos impulsan a la búsqueda del Señor. Hay por lo menos una decena de versículos que hablan de la necesidad, la bondad y el fruto de ir tras el Señor. El Salmo 119 particularmente está construido alrededor de la ley, por lo que la búsqueda de Dios en este verso está orientada hacia la búsqueda de Su Palabra. El escritor afirma que, si queremos buscar y hallar a Dios, la Escritura es vital. Lo que en el versículo 10 es una búsqueda, en el versículo 11 es el encuentro de un tesoro: «En mi corazón atesoro tus dichos...».

En momentos de aflicción y sequedad, podemos ser tentados a dejar de buscar, a entregarnos a la auto conmisericordia, a bajar los brazos y creer que todo ha terminado. Si nos sentimos en un desierto, buscar puede ser visto como una pérdida de tiempo y energía, ya que allí no hay nada que encontrar. Por otro lado, podemos ser tentados a cavar cisternas rotas (Jer. 2:13), buscar agua y satisfacción en lugares equivocados y, al encontrarlos, creer que eso es todo, conformándonos así con tan poco.

El salmista ora en primera persona «yo te busco». Él busca con intensidad los mandamientos de Dios, porque estos lo conducen a quien con tanta devoción e intensidad busca. No hay nada mejor para nuestros momentos de oscuridad que una lámpara que alumbre nuestro camino. Nada mejor para nuestra confusión interior, que todo el consejo de Dios. Nada mejor para nuestra agonía, que la vida que ella nos da (Heb. 4:12). No acudimos a ella porque son palabras positivas; vamos a ella porque es vida, porque actúa en

nuestro interior, nos cambia y, literalmente, nos sostiene (Mat. 4:4).

El segundo hemistiquio nos dice: «... no dejes que me desvíe de tus mandamientos». La buena intención de un hombre que busca a Dios no es suficiente. Nuestro corazón es tan engañoso que podemos, en nuestra búsqueda sincera, desviarnos de sus mandatos. En Latinoamérica, aunque muchos hombres bien intencionados buscan al Señor, lamentablemente muchos se desvían de Su Palabra. No basta con buscar, necesitamos la intervención de Dios para que demos en el blanco, para permanecer en el camino. «No dejes que me desvíe» es la oración de un corazón sincero y humilde que reconoce que Dios es el único que puede conducirlo a Su verdad. Y esa es la gloria del evangelio: que Dios vino a buscarnos y ponernos en el camino.

Hoy es un buen día para buscar a Dios con todo el corazón, para venir a Su Palabra y hallar lo que nuestra alma necesita. Mientras vas tras Él y atesoras Su Palabra, mantente humilde con esta petición: «No dejes que me desvíe de tus mandamientos». Hoy es un buen día para recordar esta promesa que Dios hace a un pueblo exiliado, a un pueblo sufriente: «Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón» (Jer. 29:13).

SALMO 119:11

«En mi corazón atesoro tus dichos para no pecar contra ti».

«Ciertamente no morirás», dijo la serpiente. Y con esas palabras, la mentira perforó la confianza de nuestros primeros padres en Dios. La Palabra de Dios fue despojada del trono de sus corazones y ellos arrojados a la muerte. Y nosotros también.

Nada ha cambiado desde ese día en cuanto al obrar del pecado. Siempre buscará susurrarnos al oído que en realidad las cosas no son exactamente como Dios las dijo. «No seamos tan serios —nos dirá— no creo que Dios haya querido expresar eso, ¿cómo Él les haría una cosa así? Tranquilos, sin duda no morirán». ¡Prestemos atención!, si las palabras que nos dicen están bañadas de miel, pero son contrarias a lo que Dios dice, ¡no las escuches! Porque están llenas de veneno mortal.

Estos ataques llegan para socavar nuestra confianza en Dios, sobre todo en tiempos de incertidumbre. ¿Has sido invadido por la duda últimamente? Quizás también la acompañen los temores, la ansiedad y el desánimo. Son muchas las mentiras que llegarán a tu puerta. ¿Cómo podemos estar preparados para combatir las y hacerlas huir? Nuestro texto nos instruye: «En mi corazón atesoro tus dichos para no pecar contra ti» (Sal. 119:11).

¿Qué hay en tu corazón cuando la mentira golpea la puerta? ¡Es a la Palabra de Dios que debemos atender! Ten confianza en ella y atesórala en tu corazón como el bien más preciado. Aunque la mentira insista a la puerta de nuestra alma para engañarnos, podemos mantenernos lejos de ella aferrándonos a la verdad. ¡Compra la verdad y no la vendas! Hazla tu mejor amiga, aférrate a ella como al tronco que se mantiene a flote en un

río turbulento. Así como Ulises se ató al mástil para no seguir el canto de las sirenas, podemos aferrarnos a la verdad de Dios para hacer oídos sordos a las mentiras astutas del pecado.

Hoy y siempre puedes confiar en la poderosa Palabra de Dios. Recuerda lo que Dios le dijo al profeta: «¿No es acaso mi palabra como fuego, y como martillo que pulveriza la roca?» (Jer. 23:29). El apóstol Pablo dijo de ella que es «la espada del Espíritu» (Ef. 6:17) y que, junto con el «escudo de la fe», nos ayuda a resistir en el día malo. Una espada «más cortante que toda espada de dos filos [...] y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb. 4:12). ¿Qué más necesitas para resistir? ¿Tienes a la mano la verdad de Dios? Guárdala en tu corazón, aliméntate de ella, nutre tu fe de sus promesas y resiste firme. No habrá asedio suficientemente fuerte y largo que pueda destruir al corazón que atesora la verdad de Dios.

Adán y Eva fallaron en atesorar la Palabra de Dios en sus corazones para resistir el pecado, y nosotros sufrimos las consecuencias. Pero Jesús no falló, y es por Su vida victoriosa que fuimos salvos de aquella muerte eterna heredada. ¡Hoy podemos ver la Escritura como un especial tesoro! Hoy podemos llenar nuestros corazones de ella para no pecar contra nuestro Dios. Aun en momentos de gran tribulación podemos tener ese consuelo y esa confianza. Cada vez que llegue la tentación a tu vida, envía a la Palabra de Dios a atender la puerta.

SALMO 119:14

«Me regocijo en el camino de tus estatutos
más que en todas las riquezas».

Al pensar en el gozo, una imagen inunda mi mente: mi familia en camino al aeropuerto después de disfrutar nuestra primera navidad con los abuelos, los tíos y los primos. La música sonando con nitidez desde los parlantes del flamante auto rentado. Disfrutar de un auto de mejor categoría que solo puedo conducir porque me lo asignaron sin costo adicional. A un lado, el océano pintado por un precioso atardecer, al otro, mi preciosa esposa sosteniendo mi mano. En el retrovisor, el dulce semblante de mis hijos pacíficamente dormidos sosteniendo los juguetes que sus abuelos les obsequiaron.

El gozo puede ser el resultado de riquezas materiales o riquezas de sentimientos y experiencias. Son esos momentos que nuestro corazón atesora, y alrededor de los cuales la humanidad busca construir sus vidas. El mensaje es sutil, pero se engancha a nuestro corazón: «Si tan solo tuvieras...».

Con este trasfondo, un hombre que no era extraño a las riquezas y sus gozos nos da su consejo inspirado y autoritario, ya que es Palabra de Dios.

El mundo dice que hay varias circunstancias que te traerán gozo, por ejemplo:

- La victoria: David experimentó el gozo al derrotar a Goliat (1 Sam. 17).
- El poder: David salió triunfante en batallas épicas.
- La sensualidad y compañía: David tuvo concubinas y esposas (2 Sam. 20:3).
- En hijos exitosos: su hijo fue el gran rey Salomón.
- Y muchos más...

Pero el imponente rey David, quien experimentó gozos y riquezas que no podemos imaginarnos, nos muestra en los versículos 14, 72, 127 y otros, que todos estos deleites no se pueden comparar con el deleite de caminar en los testimonios de Dios.

De manera similar, en el Salmo 4:7, David compara todas las cosas que deberían traernos felicidad, alegría y gozo, y dice que no se comparan con el vivir con Dios. Y vale la pena notar que David no dice que su gozo está en los testimonios de Dios, sino «en el camino de [sus] estatutos». Esto no es una idea o una intención, es una realidad que David experimentó y ahora nos exhorta a entender. El crecer en santidad, en conocimiento y en intimidad con Dios, trae más gozo que cualquier sustituto que el mundo ofrece.

Como lo dijo Calvino: «Tal como la riqueza atrae a sí misma los corazones de la humanidad, así me he deleitado de manera exquisita más en el progreso que hago en la doctrina de la piedad, que si abundase en todo tipo de riquezas».

Hay muchas cosas que buscan enmarcar el gozo en nuestras vidas. Estas incluyen desde cocinar, comer, comprar, quedar campeón, hasta conocer o ser conocido por alguien especial, casarse, cumplir sueños, caminar el escenario para recibir un diploma, etc. Sin embargo, el texto nos dice que el gozo real viene solamente del caminar, crecer y conocer a Cristo.

SALMO 119:16

«En tus decretos hallo mi deleite,
y jamás olvidaré tu palabra».

¿Te has dado cuenta lo fácil que olvidamos personas, nombres, fechas importantes, números telefónicos, llaves, citas, promesas? La Real Academia Española define «olvidar» como el «dejar de retener en la mente algo o a alguien», «dejar de tener en cuenta algo», «dejar de hacer algo por descuido» o «dejar de tener afecto o estima por alguien o algo». En Internet podemos encontrar mucha información sobre cómo ejercitar nuestra mente y cómo evitar olvidar cosas importantes, pero en esta era tecnológica en que vivimos, donde parece que dependemos para todo de nuestros teléfonos «inteligentes», nos resulta muy difícil ejercitar la mente. ¡Es tan grave que a veces muchos de nosotros olvidamos hasta nuestro propio número de teléfono!

Olvidar un cumpleaños o una cita médica o el nombre de una persona puede ponernos en situaciones vergonzosas, pero olvidar las promesas de Dios nos puede costar la vida. ¡Y qué olvidadizos somos! No importa lo mucho que Dios haya hecho por nosotros; no importa cuánto hayamos experimentado el favor y la gracia inmerecida de Dios, de una forma u otra, parece que en medio de las tormentas de la vida terminamos dudando; nuestra fe flaquea y languidece. De ahí que David le dice a su alma en el Salmo 103: «no olvides ninguno de sus beneficios» (v. 2b).

En el Salmo 119, el salmista hace énfasis en la Palabra de Dios, en sus preceptos, en sus estatutos. Él reconoce que deleitarse en la Palabra de Dios es vital, no solamente para vivir una vida santa y agradable delante de Dios (v. 9), sino también para sobrevivir las tempestades, las tristezas y los opro-

bios de la vida. «De angustia se me derrite el alma: susténtame conforme a tu Palabra» (v. 28).

Cuando meditamos en la Palabra, cuando la estudiamos, cuando nos deleitamos en ella, cuando le pedimos a Dios que nos guíe conforme a sus estatutos, todo cambia. Somos «transformados mediante la renovación de [nuestra] mente» para así poder «comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta» (Rom. 12:2). Comenzamos a pensar en «todo lo verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo digno de admiración, en fin, todo lo que sea excelente o merezca elogio» (Fil. 4:8). Entonces, vemos la vida de una manera distinta. Nos auto predicamos el evangelio a cada momento. Nuestra vida espiritual florece. Nuestra vida de oración se fortalece. Nuestra fe en Dios y en sus promesas aumenta. Nuestros temores se desvanecen. Y es que el mismo Espíritu Santo que inspiró la Escritura, obra a través de la Escritura en aquellos que se deleitan en ella.

Algo más sucede cuando aprendemos a deleitarnos en la Palabra de Dios: no nos olvidamos de ella. Por esto el salmista dice: «En tus decretos hallo mi deleite, y jamás olvidaré tu palabra» (v. 16). Es imposible olvidar algo que tienes presente a cada momento, algo que te apasiona, algo que le da sentido y dirección a tu vida.

Cuando esos momentos de ansiedad, indecisión, dolor, escasez y enfermedad llegan a tu vida, la Palabra de Dios que inunda tu mente comienza a consolar tu corazón, a darte fuerzas, a infundirte esperanza y a darte de esa «paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Fil. 4:7).

SALMO 119:18

«Ábreme los ojos, para que contemple
las maravillas de tu ley»

Un ciego puede escuchar cómo los rayos del sol de mediodía bañan cada rincón de la ciudad. Alguien puede intentar describirle los destellos que se desprenden de las gotas de rocío bajo la luz matinal. Puede aprender sobre la explosión de colores en el cielo cuando el sol se acerca al horizonte y de las estrellas, que parecen despertar en un instante cuando la oscuridad impregna el firmamento.

Sí, un ciego puede escuchar estas maravillas e intentar imaginarlas, pero no puede experimentarlas. Para poder percibir por sí mismo el poder resplandeciente de la luz, la colorida belleza de un atardecer y la inmensidad del cielo estrellado necesita que sus ojos sean abiertos.

Nosotros también.

Tú y yo podemos escuchar sobre el poder, la belleza y la inmensidad de las palabras de Dios. Podemos leer las confesiones del salmista, quien desea obedecer (v. 5), atesora los dichos del Señor (v. 11), y se regocija en sus caminos (v. 14). Podemos imaginar cómo luce vivir de esta manera. Pero será imposible experimentarlo hasta que nuestros ojos sean abiertos a la verdad.

Un ciego no puede ver la luz, por más que resplandezca. Un ciego espiritual no puede ver las maravillas de la ley de Dios, por más sublimes que estas sean.

Nuestro primer instinto podría ser desalentarnos. Escuchar el deleite del salmista en la Escritura y lamentarnos porque nosotros jamás podremos disfrutar de ese gozo. Resulta más fácil fingir que lo compartimos. Sabemos

cuáles son las expresiones correctas sobre Dios y Su Palabra, así que solo las repetimos. Nos olvidamos de que podemos experimentarlas en realidad.

¿Despertamos cada mañana buscando al Señor de todo corazón? (v. 10)
 ¿Anhelando aprender los mandamientos de Dios? (v. 12) ¿Nos alegramos de tener la Palabra del Señor más que de tener abundancia económica y material? (v. 14).

A Dios no le impresiona que sepamos cuál es la «respuesta correcta» a estas preguntas. Él ve lo profundo de nuestros corazones. Sabe cuáles son nuestros más íntimos deseos, aun mejor que nosotros mismos. Dios mira cuando somos maravillados por las cosas efímeras de este mundo... por el dinero, el reconocimiento, o el placer. Pretender no sirve de nada. Necesitamos clamar.

Si no percibes la gloria de la revelación del Señor, si no te deleitas genuinamente en ella, pide que tus ojos sean abiertos. Dios escucha y Dios responde. Él se deleita en revelarse a sus hijos.

«¡Ábreme los ojos, para que contemple las maravillas de tu ley!». Que este sea el clamor de nuestro corazón hasta que lleguemos a la gloria, donde ya no veremos de manera indirecta y velada, sino cara a cara (1 Cor. 13:12). Nuestros ojos serán abiertos completamente y viviremos maravillados por la eternidad.

SALMO 119:24

«Tus estatutos son mi deleite;
son también mis consejeros».

Desde el versículo 71, el Salmo nos muestra que parte del propósito de todo lo que Dios envía a nuestra vida y expone nuestra debilidad e incapacidad (es decir, nos humilla), es un regalo de gracia que nos enseña a poner atención a Su Palabra.

Personalmente soy testigo de esto. No creo que alguien pueda verdaderamente saborear la delicia eterna y fresca de la Palabra si no ha sido humillado, y por ende, reconoce que Dios es el Señor y nosotros dependientes, necesitados y amados por Él.

¡Eso cambia todo! Parte de esa obra nueva que Dios hace es que nos permite contemplar Su Palabra por lo que en realidad es: un deleite.

Personalmente, y quizás como tú, amo la buena comida. Creo que es uno de los regalos más hermosos de Dios y una clara evidencia de Su amor por nosotros.

Él pudo habernos creado sin papilas gustativas, de modo que todo nos supiera igual, y no hubiera deleite al comer.

«Deleite» en los salmos tiene esta connotación de algo exquisito, que causa placer, algo delicioso.

Ahora, la diferencia entre la delicia de la comida, y la de la Palabra, es que la de la comida, siendo honesto, después de mucho comer, uno termina cansado de comer el mismo platillo por varios días. Pero la Palabra es una delicia que se va antojando más, y entre más consumes, más deseas, más grande se hace el Dios que ahí se nos presenta, y más nos estimula a seguir

«comiendo». Considera que, desde Deuteronomio, Dios nos recuerda que «... no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del SEÑOR» (Deut. 8:3).

¿Sabes cuándo es más valorado un platillo delicioso?, cuando estamos hambrientos. Por esta razón, en medio de las aflicciones, la Palabra se disfruta más. Y cuando tienes una relación con Jesús y vienen momentos complicados, y ante la posibilidad de ir a otros lados o fuentes, podemos decir como Pedro: «... ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6:68).

De modo que la Palabra es para el alma, lo que el agua fresca es para el atleta en medio de la carrera: una necesaria delicia deseada.

Pero el segundo atributo de este salmo es clave y totalmente vinculado con el primero (deleite): consejeros.

Paul Tripp dice que nadie pasa más tiempo hablando contigo, que tú. Por lo que es importante que lo que te digas, esté en sintonía con el evangelio, de otro modo, será miserable y vergonzoso darle la razón al Salmo 1 y no experimentar la dicha que promete: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados...» (v. 1).

Una persona toma en promedio 35 000 decisiones al día, 99 % de ellas las toma nuestra mente de modo, digamos, automático; por ello es esencial desarrollar, estimular y perseverar en la lectura, meditación y memorización de la Palabra... más, a sabiendas que es en las tormentas cuando se verá lo que hayamos construido con Dios durante la calma (Luc. 6:46-49).

Ahora, si lees esto, y la tormenta ya llegó para exponer que no has construido bien, pero aún tienes pulso, Dios te está invitando a una deliciosa relación que te aconsejará para Su gloria y tu bienestar de ahora en adelante.

SALMO 119:25

«Abatida hasta el polvo está mi alma;
vivifícame según tu palabra» .

Algunos más, algunos menos, pero todos pasaremos por momentos de mucha tristeza en la vida. Por alguna pérdida o problema, quizás sentirás como si tu alma estuviera por los suelos, totalmente derrotada. Así se sentía David cuando escribió: «Abatida hasta el polvo está mi alma». Al decir «abatida hasta el polvo», presenta una descripción gráfica del alma como aferrada al polvo, es decir, tan debilitada que no puede levantarse por sí misma; como si su ser estuviera adherido con pegamento al suelo y la tierra lo estuviera sujetando firmemente. Esta misma frase se utiliza en el Salmo 44:25 para describir una persona hundida en una tristeza devastadora de la cual no encuentra salida por sí mismo: «Estamos abatidos hasta el polvo; nuestro cuerpo se arrastra por el suelo».

Como David, algunos pasaremos por tristezas tan profundas que nos sentiremos pegados al suelo, sin fuerza alguna para ponernos de pie. Sentiremos como si el suelo estuviera impregnado a nuestras mejillas y que, por más que intentemos, no hay en nosotros la fuerza necesaria para salir adelante. Sentiremos que nuestra alma está quebrantada y llora de tristeza (Sal. 119:20), a tal grado que parece que nos derretimos de pesares y preocupaciones por dentro (Sal. 119:28).

En esos momentos, ¿qué podemos hacer para salir adelante y levantarnos del suelo? Acudir a la Palabra de Dios. Habiendo declarado su condición de aflicción, David voltea a Dios y le dirige una petición: «Vivifícame según tu palabra». Él sabía que lo único que le podía dar ánimo y fortaleza para ponerse

de pie era la Biblia, pues es miel que alegra el corazón decaído (Sal. 19:8) y bálsamo que restaura al afligido (Sal. 119:40). Conforme uno lee y piensa en la Palabra, encontrará en ella sustento y ánimo, como el agua da vida a un árbol sediento (Sal. 1:2-3). La Biblia puede vivificar, reanimar y confortar al alma decaída por afanes y angustias.

Pero más allá de solamente leerla, al decir «según tu palabra», David tiene en mente la promesa de Dios que vivificaría a aquellos que guardan y obedecen la Palabra (Lev. 18:5). Él está buscando auxilio del Señor, y sabe que conforme su corazón sea expuesto a la Biblia, dedique su mente a entenderla y su voluntad y cuerpo a obedecerla, será reavivado. El Salmo 119 utiliza la palabra «vivificar» en numerosas ocasiones, para enseñar que el ánimo que la Biblia produce en la vida de los cristianos entra en efecto conforme uno estudia y medita su mensaje, y a su vez, en obediencia a Dios, continuamente pone en práctica lo que aprende de ella (Sal. 119:37, 40, 88, 93, 107, 149, 154, 156, 159).

El Salmo 119:25 nos enseña que la única manera en la que podremos enfrentar con gozo y paz la tristeza y situaciones difíciles en la vida es por medio de conocer y obedecer la Palabra de Dios.

SALMO 119:28

«De angustia se me derrite el alma:
susténtame conforme a tu palabra».

La angustia y la ansiedad pueden llegar a nuestras vidas cuando nos encontramos en situaciones adversas, tal vez una enfermedad, crisis económica o quizás estemos pasando por problemas familiares o nos encontramos ante una decisión difícil. La ansiedad también puede venir por desear controlar lo que pasa a nuestro alrededor y el futuro. Encontramos tranquilidad y paz temporal cuando todo sale de acuerdo con nuestro plan, haciéndonos sentir seguros, pero la verdadera cura para la ansiedad no se encuentra allí; es decir, no seríamos menos ansiosos si todo estuviera bajo nuestro control o si pudiéramos predecir el futuro. En este versículo el salmista está pasando por una situación difícil, tanto así que siente que su alma se «derrite». Su angustia llega al grado que no cree poder soportar más, un estado donde necesita de alguien más para mantenerse de pie. A pesar de esto, él sabe dónde encontrar la paz: «Susténtame conforme a tu palabra».

La Palabra de Dios es una guía para el cristiano, nos da vida, nos recuerda quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros, y nos da esperanza. Al poner nuestra fe en lo que dice la Palabra sobre la persona de Dios, nuestra perspectiva sobre la situación por la que estamos pasando cambia de la desesperación a la confianza. La pregunta ya no es: ¿qué voy a hacer?, sino descansamos en pensar: ¿qué es lo que Dios hará?

Cuando nuestro corazón esté cargado y nuestra alma angustiada, corramos a Cristo. Leamos Su Palabra para vivificar nuestra alma y meditemos en ella, descarguemos nuestra ansiedad en Él y descansemos en Su persona.

Entre más tiempo pasemos en la Biblia, más conoceremos a Dios y llevaremos nuestras preocupaciones ante nuestro Señor, porque sabremos que Él tiene cuidado de nosotros (1 Ped. 5:7). Confiemos en que todo lo que dice la Palabra es verdad, pues solo así encontraremos verdadero descanso.

Al ser recordados por la Palabra de lo que Cristo ha hecho por nosotros (vivió una vida santa y sin pecado, pagando el precio de nuestra redención en la cruz, y resucitando de los muertos para hacernos coherederos e hijos de Dios por medio del arrepentimiento y la fe), podemos gozarnos en cualquier circunstancia, ya que tenemos un Padre bueno que entiende nuestros problemas y se compadece de nosotros (Sal. 145:8-9).

Así, cuando sintamos que el mundo se nos viene encima, cuando el futuro se vea gris e incierto, hagamos como el salmista y corramos a la Palabra. Pongamos nuestra mirada en el glorioso futuro que tenemos en Cristo en vez de en las preocupaciones de esta vida temporal, porque solo así podremos vivir tranquilos y confiados, aún en la adversidad, sabiendo que tenemos un Dios bondadoso y soberano que sostiene todos los aspectos de nuestra vida en sus manos.

SALMO 119:35

«Hazme andar por la senda de tus mandamientos,
porque en ella me deleito» (LBLA).

Este versículo inicia con la expresión «hazme andar», lo cual me hace pensar en el proceso que atraviesan los niños al aprender a caminar. Ellos no se despertaron un día, se pusieron en pie e iniciaron un viaje de la cuna a la sala; ellos necesitaron la ayuda de sus padres para poder hacerlo. Asimismo, en este camino, no soy yo el que toma la iniciativa de andar, ya que por mí mismo no sería posible. Hay alguien que hace que esto ocurra. Es esto a lo que se refiere el salmista cuando pide que Dios lo haga andar, que lo guíe, que lo haga marchar hacia algo. Por supuesto, esto nos hace totalmente dependiente de ese alguien, y sin Él no sería posible andar.

El versículo 33 nos muestra a quién va dirigida esta humilde oración: «Enséñame, Señor...». Al saber a quién se dirige el salmo, podemos reconocer, en primera instancia, que necesitamos imprescindiblemente de ese alguien, Dios, para poder caminar. En segunda instancia, los mandatos del Señor se convierten en el sendero, es como si cada una de sus instrucciones se convirtieran en las piedras y el cemento que construyen el camino por el que transita aquel que goza de una relación con Dios. El énfasis del salmista está en que los mandatos del Señor le permiten al creyente andar por el camino que Dios quiere que él transite.

Al final del versículo se indica por qué el salmista hace esta petición: «Porque en ella me deleito». El salmista está satisfecho, feliz; para él es placentero andar en la senda. ¿Cómo puede ser un deleite caminar en los preceptos de Dios? Es posible cuando en medio de la angustia dejamos actuar a Dios en

nuestra vida, dependiendo de Él para hacer lo que solo Dios puede hacer y guiarnos a donde solo Él nos puede guiar.

Una vez que aprenden a caminar, los niños siguen su camino sin la ayuda de sus padres. Nosotros, sin embargo, necesitamos diariamente que Dios nos enseñe a andar en el camino. En Filipenses 2:13, Pablo expresa que «Dios es quien produce en [nosotros] tanto el querer como el hacer», por lo tanto, dependemos totalmente de Su obra en nosotros. Por otra parte, Dios nos ha presentado un camino más excelente: la Palabra escrita nos conduce a la Palabra encarnada, Cristo mismo. Jesús es «el camino, la verdad y la vida», y es en Él en donde encontramos nuestro deleite. Necesitamos estar complacidos en quién es Él y en Su grandeza. Necesitamos depender de la ayuda del Espíritu Santo que nos introduce, nos guía y mantiene en el camino.

Al final del día no se trata de lo que yo pueda hacer, sino de lo que Él hizo, hace y puede hacer.

SALMO 119:37

«Aparta mi vista de cosas vanas,
dame vida conforme a tu palabra».

Como parte de nuestra naturaleza pecaminosa, todos buscamos una salida para escapar de nuestra realidad presente, y por inercia buscamos refugiarnos en lo que nos es conocido y así confortar nuestro corazón en los altos y bajos de la vida. A veces conscientemente corremos a nuestros «escondites» y en ocasiones nos encontramos en el lugar más conocido de nuestro ser para poder evadir lo que no queremos enfrentar en el momento.

El día a día parece un hoyo sin fondo de trabajo, tareas, planificaciones, viajes, etc. que nos consume, y muchas veces hace que nos olvidemos de lo más importante, lo esencial, Dios mismo. Es fácil ser consumido por todo y al final quedarnos con nada más que un vacío que duele y, al nuevamente ver Su gracia, reconocer que todo lo que necesito se encuentra solamente en Él.

El rey David siendo llamado por Dios, pasa por tiempos de angustia y agonía después de ver cuán lejos estaban sus ojos de quien debería cautivar su mirada. Al reconocer que está delante del Dios omnisciente, levanta esta exclamación en el Salmo 119:37 «Aparta mi vista de cosas vanas, dame vida conforme a tu palabra».

Conscientes o no, con frecuencia corremos de estar en la lupa de Dios por miedo de lo que pueda encontrar. Nos hacemos expertos en vivir preocupados u ocupados en una serie de actividades que no son «malas», pero al poner nuestras cabezas en la almohada al finalizar nuestro día, nos pesa la culpabilidad, la vergüenza, la realidad; nuestros ojos estuvieron cautivados por todo o todos menos por Él. Corren las lágrimas, se

detiene por un instante la respiración, el corazón duele al reconocer la gravedad de la condición presente. Cuando David clama a Dios «aparta mi vista» él sabe que no hay manera que pueda sostener su mirada sin la ayuda del Dios que conoce su corazón.

En el Salmo 139:23-24: «Examíname, oh Dios, y sondea mi corazón; ponme a prueba y sondea mis pensamientos. Fíjate si voy por mal camino, y guíame por el camino eterno», David le pide a Dios que lo examine, lo conozca, lo pruebe, lo vea y que lo guíe; reconoce que únicamente Dios mismo puede salvarlo de su propia humanidad. Qué difícil es hacer tal oración porque sabemos que la respuesta quizás traerá consigo una realidad no aceptable. Pero veamos la gracia de Dios, que hace que aun sabiendo cuán pecaminosos son nuestros corazones, si nos arrepentimos, Él no nos deja en el camino de la perdición. «... Dame vida conforme a tu palabra».

En estos tiempos con tantos avances y tantas distracciones que pelean por nuestra atención, debemos salir de esos escondites de comodidad o refugios de escape, clamar a Dios que aparte nuestros ojos de las cosas vanas del mundo y nos rescate de la facilidad con la que nuestro corazón es satisfecho con las cosas vanas con las que nuestros ojos son atraídos. No hay nadie que lo pueda hacer más que aquel que nos conoce mejor que nosotros mismos.

SALMO 119:49

«Acuérdate de la palabra dada a tu siervo,
en la cual me has hecho esperar».

Dios se acuerda de mí.

¡Qué difícil resulta a veces acordarse de algo! Tendemos a olvidar, sobre todo las cosas que hemos prometido. La palabra «acuérdate» se menciona 16 veces en el Libro de los Salmos. Acuérdate de tus piedades, de tus misericordias, de tu congregación, acuérdate de mí. Pero en esta ocasión el salmista clama diciendo: «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo». Solamente en este capítulo «la Palabra» se repite 24 veces, y se refiere a la Palabra dicha, la voluntad expresa de Dios para el hombre.

Cuando las cosas no marchan bien, tendemos a olvidar aquello que nos daba confianza y nos sostenía. El salmista pide que esas promesas de paz, de compañía, de fortaleza, estén presentes en el recuerdo de su Señor.

¿Y para quién es dada esta Palabra? Para «tu siervo». El siervo espera en la Palabra de su Señor. Esta le da certeza y confianza en cuanto a lo que debe hacer y cómo actuar. El siervo rinde sus capacidades personales delante de Él, reconociendo Su gracia, misericordia y provisión. Quien no se identifica como siervo, no puede esperar algo de parte de Dios, porque realmente no se sujeta a Su Palabra, sino que supone erróneamente que Dios cumplirá sus deseos personales (Sant. 1:7-8).

Enseguida, el salmista agrega una frase más: «En la cual me has hecho esperar». Así que la palabra recibida de parte de Dios desarrolla la capacidad de esperar. También denota que ha ocurrido un proceso de enseñanza, una práctica en la espera, algo que debemos tomar en cuenta.

Su significado tiene tres características: ser paciente, tener esperanza y experimentar dolor. ¿Sorprendido? En nuestra mente esperar es una cosa, pero es muy distinto a ser paciente. Esperamos, pero queremos respuestas prontas. Y así no funciona con Dios. Su Palabra está llena de ejemplos que lo confirman. Su Palabra descubre nuestros sentimientos reales, motivaciones, y también pecados. Allí es donde actúa Su Espíritu revelando nuestras intenciones y enseñándonos en medio del dolor lo que es correcto y lo que estamos haciendo mal. También significa tener esperanza, como el labrador, que siembra la semilla y espera a que brote una planta, lo cual no depende de él, sino solo de tener la esperanza que así sucederá. Y también incluye el dolor, porque en la espera se sacudirán áreas de nuestra vida que deben cambiar, y esto duele. Así que, esperar, en la Palabra de Dios dada a sus siervos, se convierte en una poderosa experiencia de crecimiento personal.

Así que, en medio de la prueba puedes estar seguro de que lo que Dios ha escrito para tu enseñanza y bienestar no se ha olvidado. En medio de un proceso de enseñanza, esperanza y aun de dolor, llegarán los mejores resultados conforme a la voluntad divina; y con la misma certeza que Su Palabra se cumple, ten la certeza que Dios está cuidando de ti.

Día 15

SALMO 119:50

«Este es mi consuelo en medio del dolor:
que tu promesa me da vida».

A los 16 años perdí a mi hermano mayor en un trágico accidente automovilístico, una experiencia devastadora que difícilmente puedo explicar con palabras. Recuerdo que me encontraba sumergida en dolor profundo, llena de resentimiento, confundida con mil preguntas, pero fue en ese estado de mi alma donde Dios me salvó y pude experimentar por primera vez Su consuelo. Tener a Dios conmigo en esa dura etapa me ayudó a sufrir la pérdida de mi hermano aferrada a sus promesas. Dios me consoló, y espero que hoy el poder de Su Palabra te consuele a ti.

En este salmo podemos ver que el dolor se asume como algo que es parte de la vida, eso no lo podemos cambiar, pero si podemos vivir diferente ese dolor. El consuelo del salmista es la Palabra, un banco lleno de sus promesas. En el Salmo 119 leemos que para él la palabra es más preciada que el oro y más rica que la miel, y que desea día y noche estar meditando en ella.

Ante la realidad del dolor, nuestro consuelo no lo encontraremos en fuentes terrenales, sino en el soberano Dios que permite y planea que experimentemos esos momentos difíciles que tienen el propósito de hacernos voltear a Él y a sus promesas. Es ahí, en el dolor, donde nuestro Padre trabaja en nuestro corazón y nos hace ver Su glorioso poder al experimentar paz que sobrepasa todo entendimiento. Es ahí donde podemos disfrutar de Su presencia, presencia donde hay plenitud de gozo y delicias a Su diestra (Sal. 16:11). Él nos da sus promesas para infundirnos vida y aliento en el valle de sombra de muerte (Sal. 23). Ese dolor es bueno para nuestras almas

(Sal. 119:71) y no sale de las manos de nuestro Rey; Job lo entendía cuando dijo: «Porque él hiere, pero venda la herida; golpea, pero trae alivio» (Job 5:18).

Nuestro Dios es un Dios consolador, Él nos ha dado Su Espíritu Santo para los días más oscuros. Así que, si estás pasando por dolor, recuerda que el Padre lo está permitiendo y usando para poder experimentar Su consuelo. Esa herida solo puede ser sanada y aliviada por Él. ¿Cómo podríamos disfrutar sus promesas sin situaciones donde estas sean nuestro único consuelo? Promesas de provisión para los que experimentan escasez, promesas de aliento para quienes desfallecen, promesas de victoria para los inseguros, promesas de vida para quienes respiran la muerte de cerca. Muchas promesas más que están disponibles para ti.

Así que me uno a Pablo y declaro hoy: «Alabado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que, con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren» (2 Cor. 1:3-4).

SALMO 119:57

«El SEÑOR es mi porción;
he prometido guardar tus palabras» (LBLA).

Los levitas no tuvieron heredad porque el Señor mismo era su porción y su heredad (Núm. 18:20; Deut. 18:2). Eso tenía que bastar. Era suficiente. Mateo habló de dos hombres que vendieron todo lo que tienen para comprar un campo con un tesoro y una perla preciosa (Mat. 13:44-46). ¡Sabían lo valioso que tenían frente a ellos y no desaprovecharon la oportunidad! Pablo también consideraba al Señor como su más valiosa «posesión». Por eso podía afirmar con valentía que estimaba todo «como basura a fin de ganar a Cristo» (Fil. 3:8, LBLA). Si somos del Señor y Él es nuestro, Él es nuestra porción, nuestra heredad, nuestro todo. No necesitamos nada más.

El salmista afirma categóricamente que el Señor también es su porción. Nada ni nadie puede satisfacer su alma, solo el Señor. Este reconocimiento es común en los salmos (Sal. 16:5; 73:26).

Cuán importante es tener la perspectiva correcta siempre, especialmente en los momentos difíciles. Cuando la prueba acecha, cuando las tribulaciones afligen, cuando la tormenta arremete, ¡cuánta firmeza nos brinda la verdad de la Palabra de Dios! Es solo a través de Su Palabra que tenemos la certeza de que en Él estamos completos (Ef. 1:3), que en Él tenemos todo (Hech. 17:28) y que separados de Él no podemos hacer nada (Juan 15:15).

Debido a que el salmista reconoce que el Señor es su porción y que en Él tiene todo lo que necesita, él se compromete a guardar los mandamientos del Señor. No es una promesa vacía. Es una promesa que se basa en la verdad de que el Señor es su todo. Si el Señor es su porción, entonces hace sentido que también atesore Su Palabra.

Como creyentes, debemos anhelar cada vez más la Palabra de Dios. Su palabra es verdad y en ella tenemos consuelo y esperanza. Es Su Palabra la que nos sostiene en las pruebas y dificultades, la que ilumina nuestro camino y la que nos santifica cada día a imagen de Aquel que es nuestra porción.

En el mundo tendremos aflicción sin lugar a duda (Juan 16:33). El Señor nunca prometió librarnos de la aflicción, pero sí prometió estar a nuestro lado (Mat. 28:20). La verdad de Su Palabra en nuestros corazones nos sostendrá fieles en el momento de la adversidad. Cuando las fuerzas faltan, es Su Palabra la que nos alienta. Es Su Palabra la que anima a nuestra alma a adorar a nuestro amado Señor.

Si el Señor es nuestra porción, debemos tener un compromiso por leer, meditar y estudiar la Palabra de Dios. Solo podremos crecer, madurar y sostenernos firmes aferrándonos a Su Palabra. No hay atajos. Es como debemos responder ante la verdad que el Señor es nuestro Señor y nuestro todo. Busquemos alimentarnos a diario con la verdad de Su Palabra para guardar nuestros pensamientos firmes en Su verdad y no en las circunstancias.

SALMO 119:71

«Me hizo bien haber sido afligido,
porque así llegué a conocer tus decretos».

«Mamá, te agradezco que me hayas regañado». Estas son las palabras nunca pronunciadas por un niño en disciplina. Y mucho menos diría: «Realmente tu amonestación era necesaria para mi aprendizaje».

El salmista, en el versículo 71, está respondiendo a la disciplina recibida como lo hizo nuestro niño imaginario.

En la primera parte del versículo, el salmista reconoce que fue bueno (hermoso, positivo) haber sido afligido (humillado, oprimido, atormentado).

En la segunda parte del versículo, él identifica el motivo por el cual esta humillación es positiva. La palabra «porque» en el original, es «propósito». Por lo que el autor expresa que el propósito fue «conocer» (aprender, adiestrarse, apto para la guerra, domado) sus estatutos.

Cuando estudiamos estas palabras, inspiradas por Dios, puede que sintamos cierta resistencia. Y es que la disciplina y la respuesta del autor a ella es contracultura.

El tiempo de disciplina puede ser como atravesar un desierto que, negativo para muchos, toca las fibras de nuestros corazones. Nos humilla y nos muestra lo idólatras, efímeros, vulnerables e incapaces que somos. Sin embargo, es una excelente herramienta para nuestra alma. Lo mejor de todo es que nuestro «disciplinador» tiene un propósito en todo, sobre todo, con los que conforme a Su propósito son llamados (Rom. 8:28). Él anhela adiestrarnos en Su Palabra.

Aquí hay algunas de las incontables enseñanzas en las que nuestro buen

Padre desea que seamos adiestrados:

- Su Palabra nos enseña que la situación por la que atravesamos es una muestra más de Su amor y Su misericordia, como nuestro buen Padre. «En efecto, nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad» (Heb.12:10).
- Su Palabra nos recuerda que el sufrimiento y la humillación son el camino hacia Él. «Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Sal. 51:17).
- Su Palabra nos anima a acercarnos a Él cuando necesitemos ayuda. «Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4:16).
- Su Palabra nos muestra Su soberanía y control. «Todo lo que Jehová quiere, lo hace, En los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos» (Sal. 135:6).
- Su Palabra nos recuerda que nuestra mayor tribulación es el pecado y que Cristo la venció en la cruz para nuestra salvación. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados!» (Ef. 2:4-5).

En días muy difíciles, nunca antes vividos, Su Palabra nos recuerda Su carácter y sus promesas. Aceptemos ser adiestrados en Su verdad. Tal vez cuando todo termine, en este lado de la eternidad o cuando lleguemos allá, podremos proclamar como el salmista: «Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos».

SALMO 119:77

«Vengan a mí tus misericordias, para que viva,
porque tu ley es mi delicia».

Abrázame con tu misericordia.

A lo largo de nuestra vida aprendemos que hay tiempos en que todo marcha bien, luego por alguna razón, nos vemos inmersos en períodos de prueba, que se vuelven prolongados, pesados, insoportables. Podríamos ver esto como una catástrofe sin salida, o bien como parte de un proceso divino para nuestra enseñanza.

El salmista muestra que Dios permite situaciones que pueden resultar difíciles de sobrellevar, pero estas forman parte de un plan eterno, útil para que sus hijos sean enteramente capaces y preparados para toda buena obra. El salmista lo comprende, y entonces dice al Señor: «Vengan a mí tus misericordias», entendiendo que también son parte de la provisión de Dios para nosotros. Así es. Si bien es cierto que los juicios de Dios son una actividad de formación que Él así ha determinado, también sus misericordias son un recurso para consolarnos en medio de la prueba.

«Vengan a mí» es un llamado a esta provisión para el ser humano. Otra versión dice «rodéame» (NTV); esto es precisamente lo que hace Dios con nosotros. Así como Él permite la prueba o el trato para nuestra vida, también Él nos rodea con Su misericordia. Esta palabra significa compasión, como quien acaricia a un pequeño bebé. Así cuida Dios de nosotros. Entonces la misericordia viene a ser un abrazo cercano de un Dios amoroso que nos cuida de manera tierna en medio de las circunstancias adversas, aun cuando estas han sido permitidas por Su soberanía, en afán de corregir nuestros pasos y llevarnos a una vida más completa y cercana a Él.

¿Y por qué el llamado a sus misericordias? El salmista lo expresa así: «Para que viva». Esta palabra quiere decir revivir, resucitar. Efectivamente, las misericordias de Dios levantan el corazón caído aún del más profundo desánimo y tristeza. Su misericordia revive nuestra vida para poder continuar.

¿Y cuál es el motor que da vida a estas convicciones? La ley de Dios, que aquí significa enseñar o gobernar. Su ley es Su Palabra confiable que nos da dirección, nos gobierna. No nos es ajena u oculta. De hecho, Su revelación es lo que nos permite tener la certeza de Su provisión de misericordia en medio de las pruebas. Así, la función de la ley es enseñarnos que podemos confiar en lo que Dios ha dicho para nuestro bien, y Su misericordia nos acompañará toda nuestra jornada para revivirnos, para levantarnos cuando estemos decaídos o completamente postrados.

El salmista culmina este sentir hacia la ley de Dios y declara: «Es mi delicia». Significa que Su ley es algo delicioso, codiciable, estimado. Entonces, esperar en las misericordias de Dios, descansando en lo que Él nos enseña y nos revela por Su palabra, finalmente causará en nosotros un gozo y un deleite inexplicables.

Así que, piensa, durante la prueba, que las misericordias de Dios abrazan tu vida y te reaniman, mientras puedes deleitarte en Su Palabra que te enseñará que finalmente, y en medio de cualquier circunstancia, Dios está cuidando de ti.

SALMO 119:91

«Todo subsiste hoy, conforme a tus decretos,
porque todo está a tu servicio».

¿Por qué me pasa esto? Es una de las preguntas más comunes para quienes pasamos por temporadas difíciles.

Eventualmente caemos en la condenación por un evento o pecado pasado, que asociamos con el dolor que sufrimos en el presente, o con la incertidumbre de no entender la causa y no ver propósito de virtud en lo que estamos padeciendo.

Estamos muy confundidos al creer que un mundo sin problemas y sufrimientos existe de este lado del sol.

No solo el Antiguo Testamento es un fiel anuncio de que Dios usa todo acorde con Su plan y para Su gloria, sino que en ese «todo» incluye momentos que seguramente la persona que los sufrió, no solo no los tenía planeados, sino asumo que muchos se hicieron la misma pregunta, por ejemplo:

- José al ser vendido por sus hermanos.
- Hambruna global en tiempos de José en Egipto.
- David al ser perseguido por Saúl.
- Daniel al ser acusado ante el rey por orar a Dios.
- Los hebreos al sufrir el complot de Amán en tiempos de Ester.

Pero el más claro retrato de cómo Dios se especializa en no desaprovechar nada, incluyendo los sufrimientos es:

- La traición de un amigo.
- La negación 3 veces de otro amigo.
- Acusaciones injustas.

- Tortura.
- Una cruz.

Y desde esa cruz se escucha: «Consumado es», y la historia no volvió a ser la misma.

El salmo de hoy nos comunica la certeza de que todo lo que sucede, pasa porque así Dios lo presupuestó, sobre todo hay que destacar, que todo lo que Dios planea, le es útil.

Y si creemos que Romanos 8:28-29 es verdad, entendemos que el plan de Dios es hacernos a la imagen de Jesús, para Su gloria y nuestro mayor bien; y todo lo que pasa sirve a esa agenda para los que amamos a Dios.

Esta semana tuve una charla con una amiga de la familia; el año pasado sufrió algo que, en mi opinión, es de las cosas más dolorosas que alguien puede sufrir, y hoy me confesó: «Me siento en la prensa (siendo prensada)».

Al terminar la charla, y después de compartirle algunas cosas que mi alma necesitaba también recordar, empecé a buscar el concepto de prensar y ensamblé lo siguiente:

- Las uvas eran PISADAS para hacer vino.
- Los olivos son APLASTADOS/PRENSADOS para hacer aceite.
- Los diamantes se forman BAJO PRESIÓN.
- Y dicen que las semillas y los niños crecen durante la OSCURA noche.

Por lo que, si percibes que estás siendo PISADO, APLASTADO, estás bajo PRESIÓN y en tiempos OSCUROS, quizás Dios esté en el proceso de hacer una obra especial y hacerte CRECER en la fe y en Él.

Estamos pasando en casa por una temporada complicada, no planeada, ni deseada, pero mi mujer y yo, al saber y creer lo que he relatado aquí, tenemos este lema: «Dios está haciendo algo bueno». Quizás no lo entienda, no me guste o prefiera que no me estuviera pasando, pero sé que Dios tiene un plan y esto que pasa le sirve, y, por ende, me sirve a mí, de un modo que algún día veré. Finalmente, mi llamado es a vivir por fe en lo eterno, no en la certeza de lo temporal.

SALMO 119:92

«Si tu ley no fuera mi regocijo,
la aflicción habría acabado conmigo».

¿Has sufrido aflicciones en tu vida? El rey David también. Aunque en este texto no establece la procedencia, sabemos que David fue afligido por el mal comportamiento de sus hijos, por su propio pecado y por la maldad de las personas que lo rodeaban.

En el versículo que nos ocupa, es probable que David tenga en mente cuando Saúl injustificadamente lo buscaba para matarlo. Para nosotros, hoy en día, es importante comprender que si David, siendo una de las personas más cercanas y bendecidas por Dios, experimentó dolor, tú y yo, tarde o temprano, también enfrentaremos temporadas de tristeza.

La aflicción de David fue tal, que lo hizo entender una verdad que personas de todas las edades, culturas, grados de educación y niveles económicos han aprendido: que las aflicciones tienen poder para destruir cuando no las enfrentamos correctamente. La palabra hebrea traducida como «acabado» tiene las acepciones de desesperación, desfallecimiento, sentirse perdido y fenecer. Así se siente cuando se está afligido.

Hoy en día, millones, o quizá billones de personas experimentan estos mismos sentimientos. La Organización Mundial de la Salud (OMS) informó en septiembre del 2019 que una persona se suicida cada 40 segundos, alrededor de 800 000 personas por año. El rey David entendía por lo que atraviesan estos hombres y mujeres. Quizás a eso se refiere cuando habla de la posibilidad de haber perecido de tristeza, pero por el favor de Dios, David pudo superar la crisis.

David explica que la única razón por la cual continua vivo, fuerte y sin desmayar es porque su deleite es la ley de Dios. Dicha razón parecerá simplista para algunas personas. Otros podrán tildarla de sobre espiritual. No faltarán quienes se burlen. Pero lo cierto es que David, millones de creyentes en la historia de la humanidad, tú y yo, podemos atestiguar que quienes se deleitan en la ley de Dios pueden superar las aflicciones.

En esta oración, David establece con toda certeza que el placer o deleite de su vida surge de un estilo de vida dedicado a conocer, meditar, estudiar y practicar la ley de Dios. Al decir «tu ley», David está hablando de la Palabra de Dios que él tenía a su disposición. Para nosotros hoy, «tu ley» incluye los 66 libros inspirados de la Biblia.

Pero ¿por qué le producía deleite la ley de Dios a David? Porque provenía del Dios de Israel a quien David conocía personalmente. David había visto a Jehová actuar con justicia, poder, sabiduría, equidad, fidelidad, misericordia y amor en favor de sus escogidos. David sabía que en la ley de Dios hay dirección, fortaleza, esperanza, consuelo y promesas seguras para vivir en medio de cualquier aflicción.

Tú también puedes encontrar en la Palabra de Dios todo lo necesario para que las aflicciones no te destruyan. Te invito a hacer de las Sagradas Escrituras tu diario deleite.

SALMO 119:93

«Jamás me olvidaré de tus preceptos,
pues con ellos me has dado vida».

Siempre he pensado que soy una persona que no tiene buena memoria. Me olvido o no recuerdo las cosas con facilidad. Por esta razón, cuando tuve la oportunidad, sabía exactamente qué pregunta hacer. Este pastor es un gran predicador, pero lo que más me impresionaba en su vida era su facilidad de proveer un texto de referencia bíblica de manera orgánica y natural, cuando ministraba de manera formal o informal.

«Eric, ¿qué haces para poder recordar tan fácilmente los versículos bíblicos?», le pregunté. Yo esperaba que su respuesta incluyera la recomendación de algún libro con estrategias para memorizar la Biblia, quizás mencionar algún recurso poco conocido de un puritano o reformador con una lista de versículos claves en el ministerio. Sin embargo, su respuesta fue mucho más simple, pero profundamente refrescante: «Juan, no hay una estrategia. Yo personalmente necesito estos versículos. Yo, como terrible pecador, necesito correr y lanzarme diariamente a mi Biblia y atesorarla para mi propia vida y supervivencia. Poseo un corazón malvado que necesita la Palabra».

Sus palabras quedaron marcadas en mi mente. El problema no es que tengamos mala memoria, sino que no nos damos cuenta de la absoluta y crucial necesidad que tenemos de que la Palabra de Dios habite ricamente en nuestros corazones diariamente. El secreto es no ver los preceptos de Dios como medicina para mejorar nuestra salud espiritual o la de otros, sino como el respirador que sostiene nuestra vida mientras estamos en cuidados intensivos.

El salmista tiene claro que es la Palabra la que lo ha vivificado. Es la Palabra, la que da vida y anima al creyente. Fue mediante la Palabra de Dios que las cosas llegaron a existir. La Palabra es la que nos hace libres; la Palabra es la que nos santifica; la Palabra es la que debe ser predicada para la salvación del pecador. Es Su Palabra la que siempre cumple el propósito de Dios. Y es esa Palabra la que nos muestra a nuestro Salvador.

Es en esta Palabra que debemos meditar diariamente. Cuando un precepto entra en nuestro corazón y nos vivifica, se convierte en una herramienta y arma mientras vivimos en este lado de la muerte. Es algo que no olvidaremos cada mañana, pues esa Palabra es lo único que tenemos que ofrecer en un mundo caído. Vendrá a nuestra mente en la noche más oscura del alma, pues solo ella puede dar el consuelo y alivio que nuestra alma busca.

En este día, mientras lees este devocional, oro para que sea un instrumento para que anheles buscar los preceptos de Dios con todo tu ser y lo hagas con pasión y urgencia. Memorícemos Su Palabra, ya que ella nos ha dado vida y nos reanima.

SALMO 119:97

«¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella».

Vivimos días peligrosos. Son días difíciles con mucha información disponible. Esto no necesariamente es bueno. Constantemente estamos siendo expuestos a imágenes, videos, marcas, artículos, conceptos, ideas, filosofías y más. Fácilmente podemos caer en la trampa y ocupar nuestro tiempo meditando en cosas que no convienen.

A pesar de que hoy tenemos más información y más tecnología, más medicinas y más educación, el ser humano vive ansioso, cansado y angustiado. Sin embargo, el creyente no se basa en la tecnología, en los desarrollos médicos o en lo que dicta la ciencia. El creyente depende del Señor y confía en Él. De hecho, cuando Pablo dijo a los filipenses que se regocijaran, no era algo que tenían que hacer a ciegas. Pablo manda a que se regocijen en el Señor (Fil. 4:4). Además, pidió a los filipenses que ocuparan su mente en cosas que aprovechan (Fil. 4:8). Solo así se entiende que, en medio de la prueba y la dificultad, un cristiano pueda tener gozo y paz (Fil. 4:9).

En el Salmo 119:97, el salmista afirma amar la ley del Señor. La frase con la que inicia es una exclamación que indica no solo que ama la Palabra de Dios sino lo mucho que la ama. Cuando uno ama a alguien, esa persona ocupa los pensamientos constantemente. Por eso, la expresión del salmista no es dicha a la ligera. No puede fingirse. Brota de un corazón que bebe continuamente del pozo inextinguible de la Palabra de Dios. Más adelante, el salmista afirma que Su Palabra es como miel (v. 103). Es evidente que una conclusión así solo puede afirmarse cuando se ha experimentado de verdad las bondades de la Palabra de nuestro Dios. ¡La Palabra de Dios no tiene comparación!

Debido a que el salmista ama la ley de Dios, medita a diario en ella. Es un círculo virtuoso. Porque ama la Palabra de Dios, medita todo el día en ella y, porque medita todo el día en ella, ama la Palabra de Dios. Esta meditación constante es fundamental para el creyente. Dios quiere que amemos Su Palabra de esta manera para que podamos meditar en ella cada día, todo el día. Esto nos guardará de los pensamientos nocivos y engañosos que constantemente nos acechan.

Además, meditar en la Palabra de Dios es un seguro de vida en el momento de la prueba. Su Palabra trae consuelo y dirección cuando estamos afligidos y angustiados. Solo Su Palabra nos dará perspectiva y hablará verdad a nuestro corazón en un mundo lleno de ambigüedad y confusión. En el momento de la prueba, nuestras mentes se aturden y no pensamos con claridad. Por eso es valioso llenar nuestra mente de Su Palabra para estar preparados. Que Su Palabra siga santificándonos y llevándonos cada vez a imagen de Aquel que nos amó y nos salvó para Su gloria y nuestro bien.

SALMO 119:103

«¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!
¡Son más dulces que la miel a mi boca!».

Sin poder describir el grado de dulzura que las palabras de Dios son para él, David declara «Cuán dulces», con un deseo de transmitir la profundidad del deleite que le traen las palabras de Dios. Él no solamente ha escuchado, leído y meditado en la Palabra, sino se ha alimentado de ella, disfrutando su lectura como se puede disfrutar de un delicioso bocado dulce, que en este caso es comparado con la dulzura de la miel. Las palabras que Dios nos deja son muchas y variadas, pero todas juntas forman y son «la Palabra de Dios», David las ama individualmente, una por una, y en su totalidad.

¿Cuán cerca estamos nosotros de poder deleitarnos en la palabra de Dios? Nuestro acercamiento debe de ser íntegro, para conocimiento, para crecimiento espiritual pero también para el deleite de nuestro ser. Dios nos invita a «alimentarnos» de Su Palabra y «disfrutar» de ella más de lo que podríamos hacer con nuestro plato favorito de comida, el cual no solo nutre, sino provoca deleite. La profundidad de este pensamiento nos ayuda a tomar el tiempo necesario para poder disfrutar y digerir Su Palabra con calma, saboreando cada una de sus palabras, fragmentos y libros.

Si estas palabras le pertenecer a Dios, son el fruto del deseo de un Padre que quiere darle lo mejor a sus hijos, un Padre justo, sabio, misericordioso, bueno, entre muchas de sus cualidades, que siempre buscará lo mejor para aquellos a quien Él ha extendido misericordia. David no hace distinción alguna entre sus promesas, preceptos, enseñanzas y advertencias, las incluye todas como una y las llama dulces sin distinción alguna. Cuando entendemos la intención de Dios en Su Palabra, nuestro corazón recibe todas y cada una

de sus palabras con un espíritu humilde y agradecido, sabiendo que el deseo de quien las pronunció es bueno y con la mejor intención para nuestras vidas.

«Cuán dulces», habla del deseo de David de querer expresar cuánta satisfacción encuentra en el descubrimiento divino de lo que Dios ha dejado en Su Palabra, cuánto deleite encuentra en el descubrimiento de Su voluntad, en descubrir la gracia impregnada en sus palabras y la misericordia mostrada en cada una de ellas.

Lo dulce de cualquier cosa temporal es nada, comparado con el deleite de encontrar a Dios mismo en Su Palabra inspirada, la miel misma, aunque es usada como un buen ejemplo, es superada por el sabor constante, duradero y presente en nosotros que puede provocar una vida dedicada a la constante lectura, meditación y estudio de la Palabra.

Que nuestras vidas sean bien aprovechadas y puedan encontrar deleite en el único lugar que satisface como ningún otro nuestra necesidad, la Palabra de Dios. Que nuestra boca esté llena de Su confesión, y nuestro paladar de Su meditación.

SALMO 119:107

«Señor, es mucho lo que he sufrido;
dame vida conforme a tu palabra».

«Señor, necesito [...]. Señor, por favor dame...». Muchas veces, así se escuchan mis oraciones cuando he sufrido. Le pido a Dios lo que yo creo que Él necesita darme para que mi queja desaparezca.

El salmista, en el versículo 107, nos da un ejemplo de cómo venir en oración al Padre y cómo pedir de acuerdo con Su designio y no con el nuestro.

«Es mucho lo que he sufrido». El autor reconoce su condición y la comunica.

Él comunicó al Señor, sin pena alguna, cómo se sentía. Así debemos venir nosotros. Él no se va a espantar, no va a huir por nuestra sinceridad. Mucho antes de que nuestra aflicción llegara, Él ya la conocía. Al venir a Él con integridad y humildad, estamos reconociendo, como el salmista, nuestra dependencia de Él. No venimos con palabras rebuscadas u oraciones de domingo. Venimos así, destruidos, como estamos.

Y así, al venir vulnerables delante de Él, pidámosle al Espíritu Santo que nos ayude a orar Su voluntad. Muchas veces no la sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (Rom. 8:26). La relación y la confianza que el salmista tiene con el Señor se ve reflejada en su petición.

«Dame vida conforme a tu palabra». El autor pide bien.

El salmista no pidió salud mental o emocional, él no pidió que su angustia fuera quitada. No pidió lo que en nuestras oraciones memorizadas muchas veces pedimos. El salmista no pidió «ser feliz para siempre». Pidió vida. El

autor pidió vida conforme a Su Palabra. El autor pidió a Dios mismo, Su consejo, Su guía, Su luz.

Las aflicciones de la vida son reales, la pérdida de un trabajo, de un ser querido, de la salud, la incertidumbre, la pena, la ansiedad. Todo esto puede tentarnos a hacer oraciones pidiendo para nuestra comodidad. Oraciones en las cuales exponemos una lista de deseos en lugar de mostrar nuestro herido corazón. Pidamos como el salmista, pidámoslo a Él, pidamos Su Palabra.

«... la palabra de nuestro Dios permanece para siempre» (Isa. 40:8).

«... la palabra de Dios es viva y poderosa...» (Heb. 4:12).

Podemos estar seguros de que, si venimos ante Dios tal como nos sentimos y pedimos que nos dé vida conforme a Su Palabra, Él responderá con un sí.

De hecho, esa petición ya fue contestada afirmativamente en la cruz. El Padre entregó al Verbo, a la Palabra misma para dar vida a los que estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:5). Entregó el Pan de vida para que, de una vez por todas, la mayor de nuestras aflicciones, el pecado, fuera quitado.

Confiemos en la respuesta afirmativa del Señor a ser vivificados en Su Palabra. Abre tu Biblia y vive.

SALMO 119:114

«Tú eres mi escondite y mi escudo;
en tu palabra he puesto mi esperanza» .

Los soldados que van a la guerra en muchas ocasiones cavan trincheras para esconderse del enemigo y sentir que están protegidos de su ataque. En ellas se refugian para evitar las balas que pueden quitarles la vida en un instante.

Es obvio que el salmista conoce los embates del enemigo. Como seguramente muchos de nosotros los hemos experimentado, son como balas que se acercan para destruirnos, pero al igual que el salmista, tenemos un refugio, una trinchera lista para nuestra protección. El salmista, en su angustia, se consuela al saber quién es su escondedero, su escudo. Su esperanza no está en algo que pueda construir como los soldados, él sabe quién es su castillo fuerte en medio de sus circunstancias. ¿Lo sabemos nosotros?

A veces, cuando los pensamientos sombríos nos afligen, debemos tener nuestra esperanza cimentada en nuestro Dios y en Su Palabra, la cual siempre se presenta llena de esperanza, de ese modo, los pensamientos cansados se superan. En medio de inquietud, preocupación, angustia y sufrimiento, el salmista tiene su esperanza en la Palabra de Dios. Él conoce las promesas que en ella encontramos. Él sabe que la Palabra de Dios nos da aliento, esperanza y confianza. Él tiene su mirada puesta en el Creador y no en lo creado como fundamento de su esperanza. Después de todo, él también escribió: «Él es mi Dios amoroso, mi amparo, mi más alto escondite, mi libertador, mi escudo, en quien me refugio. Él es quien pone los pueblos a mis pies» (Salmo 144:2).

La esperanza del salmista tiene su fundamento en lo correcto, en el Dios que es su amparo, su escondite, su escudo, su refugio, quien tiene el control de todo, incluido Su pueblo.

Si hacemos una conexión con el Nuevo Testamento, podemos encontrar una gran fuente de esperanza en las palabras escritas por Juan: «Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es» (1 Jn. 3:2).

El salmista dijo: «en tu palabra espero», nosotros nos unimos a sus palabras y fundamentamos nuestra esperanza en la Palabra de Dios, «seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es».

Refugiados en Él, y nuestra esperanza puesta en Su Palabra, que ha sido y será fiel y verdadera por toda la eternidad. Refugiados, protegidos y atendidos por Su gracia, Su poder, Su compasión, Su oportuno socorro, porque «queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios» y Él cuida de nosotros.

SALMO 119:125

«Tu siervo soy: dame entendimiento
y llegaré a conocer tus estatutos».

Cuando somos siervos del Señor debemos adorarlo con nuestra vida, muchas veces en silencio y en medio del sufrimiento, sabiendo que los propósitos de Dios se cumplen en nuestras vidas, sin importar si somos honrados o reprochados.

Como misionera, he tenido que pasar junto a mi familia sufrimientos que quizás pienses que no suceden en esta época. Pero hemos tenido que clamar al Señor por sabiduría, y por algo más llamado «discernimiento», para tener amor, perdón, instrucción y, sobre todo, la práctica de la verdad, que es Su Palabra.

Salomón, hijo de David, nos enseña una oración que me ha conmovido, y de la que he aprendido en tiempos de sufrimiento, que no cesan, pero que ha dado paz y consuelo a mi corazón; como lo dice en 1 Reyes 3:9: «Yo te ruego que le des a tu siervo discernimiento para gobernar a tu pueblo y para distinguir entre el bien y el mal...». Y vemos cómo Dios le responde en los versículos 11-12: «... Como has pedido esto, y no larga vida ni riquezas para ti, ni has pedido la muerte de tus enemigos, sino discernimiento para administrar justicia, voy a concederte lo que has pedido...».

Ahora, lo que Dios le contestó a Salomón es sorprendente, Su gracia y misericordia se dejan ver: «... Te daré un corazón sabio y prudente, como nadie antes de ti lo ha tenido ni lo tendrá después» (1 Rey. 3:12).

Y aunque el Señor no me ha llamado a liderar un pueblo, si me ha llamado a ser esposa, madre, suegra, hija, misionera y sierva en la iglesia local. Por lo tanto, en muchas ocasiones, he clamado al Señor en mis dificultades, su-

frimiento, enfermedades y llamado; pues necesitamos discernimiento para comprender la Palabra de Dios, para aplicarla a cada momento de nuestras vidas; pero en los tiempos de sufrimiento, cuando quizás pensamos que Dios está ausente, podemos comprender que Él no nos abandona y que está cada día moldeando nuestro carácter y pasándonos por fuego para perfeccionar cada área de nuestras vidas para poder reflejar Su imagen.

Cuando caminamos en la meditación de Su Palabra, la oración, el ayuno, y vivimos la vida espiritual a la que Él nos ha llamado, crecemos en entendimiento para discernir las cosas eternas enseñadas en Su Palabra. Crecemos espiritualmente y, por lo tanto, obtenemos una madurez espiritual y, cuando lleguen esos días oscuros donde no encontramos salida, Él nos dará la paz y el conocimiento para enfrentarlos glorificando Su nombre. Te recomiendo meditar y orar la Palabra en Proverbios 2:1-5.

SALMO 119:130

«La exposición de tus palabras nos da luz,
y da entendimiento al sencillo».

¿Cuántas veces anhelamos la exposición de las palabras de Dios? En estos tiempos donde existe una predicación liviana, la cual muchos han abrazado, podemos llegar a la conclusión de que existe también una ausencia de luz. Es la Palabra de Dios la que es capaz de iluminar los rincones más profundos de nuestras mentes y corazones para ser transformados. Desgraciadamente, los hombres buscan atajos para tener una relación con Dios, pero la Palabra debe ser expuesta correctamente para que tenga un efecto iluminador y transformador. Nos es fácil escuchar el eco de las palabras del salmista, como si estuviera diciendo: «¡Oh, que tus palabras, como los rayos del sol, entren por la ventana de mi entendimiento y disipen la oscuridad de mi mente!». Que nosotros también podamos unirnos a esas palabras y atesoremos la exposición fiel y verdadera de la Palabra, aunque sea como la espada que penetre a lo más profundo de nuestro ser para causar el efecto purificador que solamente ella puede tener.

«Da entendimiento a los sencillos». ¿Quiénes son los sencillos a quienes el salmista se refiere? Sencillamente son los verdaderos discípulos de la Palabra. A quienes no solamente da conocimiento, sino comprensión, son aquellos que el mundo considera que carecen de intelecto, los que tildan de «fanáticos». Sin embargo, son aquellos que se someten a la transformación de vida por medio de la Palabra, que produce en ellos una sabiduría que viene de lo alto, ya que el Espíritu de Dios mora en ellos.

En el Sermón del Monte, Jesús dijo: «Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece [...]. Dichosos los humildes, porque

recibirán la tierra como herencia» (Mat. 5:3, 5). Creo que esos son los que el salmista tiene en mente, aquellos que son lo suficientemente humildes para venir rendidos ante la Palabra de Dios, para que ella tenga el efecto para el cual fue inspirada.

No podemos perder de vista que la Palabra imparte luz; esa luz que necesitamos, que nos guía porque es lámpara a nuestros pies, es la luz que se manifiesta en el logos que es Cristo, quien dijo: «Yo soy la luz del mundo». Él es la luz que vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz.

El mundo necesita arrepentirse de sus pecados para que pueda disfrutar de la luz que encontramos en Cristo y en Su Palabra; yo, como Su hijo, también necesito esa exposición fiel de la Palabra; tú, hermano o hermana, también la necesitas.

Señor, ayudamos a entender esa realidad y vivir cada día atesorando momentos de encontrarnos contigo en tu Palabra para la transformación de nuestras vidas y la gloria de tu nombre. Tu dijiste: «Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad» (Juan 17:17).

SALMO 119:136

«Ríos de agua descendieron de mis ojos,
porque no guardaban tu ley».

En este versículo encontramos los dos temas que sobresalen en el Salmo 119: La belleza de la ley de Dios y el dolor que viene al no guardarla. Aquí encontramos al salmista recordando, en sus propias palabras, sus lágrimas. No fue un malestar pasajero o liviano. Fue un profundo dolor y una ansiedad real—ansiedad que no se quedó en los linderos, sino que penetró hasta lo más profundo de su ser. El lenguaje del salmista es muy gráfico, ya que pinta esta imagen de ríos que brotan de sus ojos. Su alma estaba ahí, tirada, sin fuerza y moribunda.

Algunas veces, la vida es difícil. Muy difícil. Las manifestaciones de estas dificultades sobran, pero siempre es la misma raíz: el pecado. Por su puesto, la dificultad de la vida no siempre es a causa de *nuestro* pecado, pero siempre es a causa del pecado en general. Verás, desde Génesis 3 en adelante, toda la creación gime a causa de la desobediencia de Adán; nuestro representante legal. Nuestra alma no es la excepción de esta maldición, siempre buscando formas de satisfacción que son huecas y vanas. Al principio, las satisfacciones son muy placenteras, pero al final dejan un sabor amargo y venenoso. Nuestra alma, como parte de la creación de Dios, gime a una, anhelando esa satisfacción que solo Su palabra puede dar. En este verso en particular, el salmista se acuerda lo mucho que sufrió por no guardar la ley de Dios. Todo el Salmo 119 es un llamado a atesorar la Palabra de Dios como algo sumamente puro (v. 140)

Tal vez hoy es un día de esos en que tu alma está hasta el polvo y que tus lágrimas brotan como ríos. Quizá has vivido en pecado y has vuelto a la razón, como cuando el hijo pródigo se acordó de la bondad de su padre y cómo había malgastado su vida. A lo mejor tu alma está abatida por la ansiedad de no saber que traerá el futuro. O quizá el pecado de alguien más te tiene así. Lee el verso de hoy de nueva cuenta y observa lo que el salmista hace. ¿Te das cuenta? Este verso es una oración donde él descarga su ser delante de Dios, pues Él se deleita en oraciones quebrantadas como esta. Dios trabaja con lo vil y lo menospreciado. El salmista, en pocas palabras, describe su condición (*ríos de agua descendieron sobre mis ojos*) y nos deja saber por qué (*porque no guardaban tu ley*). La palabra de Dios tiene ese don especial que ninguna cosa creada puede ofrecernos. Su palabra es «más que el oro y más que oro muy puro» (v 127b). No busques consuelo en algo que puedes perder. Tu alma anhela lo eterno, y como el mismo Señor Jesús nos recuerda siglos más adelante, «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán» (Mateo 24:25).

Entonces, cuando tu alma esté abatida y tus lágrimas sean como ríos a causa de tu pecado, ve a Su palabra y ora: «Señor, ¿a quién iremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6:68). Él es grande en misericordia.

SALMO 119:143

«Angustia y aflicción han venido sobre mí,
pero Tus mandamientos son mi deleite» (NBLH).

Me encantan los «peros» de la Palabra de Dios. Cada uno de ellos introduce un cambio significativo que revela Su corazón en cuanto a la narrativa que se está desarrollando. Más que objeciones o excusas, los «peros» de Dios introducen una variable importante que debe ser tomada en cuenta.

David expresa una realidad que todos hemos experimentado en algún momento. Pasó por muchas aflicciones y angustias durante su vida, y en este versículo expresa su sentir en medio de ellas. Sentía que eran un gran peso sobre él; lo arrojaban, lo ahogaban. ¿Te has sentido así?

La Palabra de Dios no esconde que vivimos en un mundo caído; más bien, expone esta realidad. Gemimos de angustia esperando la gloria cuando seremos librados del dolor y del sufrimiento (Rom. 8:19-23). Este sufrimiento se manifiesta de diversas formas en nuestras vidas, en menor o mayor grado: muerte de seres queridos, enfermedad, tragedias, accidentes, carencias diversas, y el dolor provocado por las elecciones de nuestro corazón pecaminoso y por el pecado de otros.

Y aunque en Su multiforme gracia Dios usa ese sufrimiento para perfeccionarnos (1 Ped. 1:6-7), estas pruebas son dolorosas para nosotros, y el enemigo las usa para hacernos dudar de la bondad de Dios y de sus promesas. Las aflicciones nos abruman. Nos cargan. Nos desaniman. Pero...

Aunque Jesús prometió tribulación en este mundo, Él no nos dejó solos. Él nos dejó sus promesas plasmadas en un libro maravilloso. Allí podemos obtener un atisbo de la gloria deparada para nosotros en el cielo. Él nos promete en Su palabra que lo que ahora sufrimos no es nada comparado a

la gloria que nos espera más adelante (Rom. 8:18). Además de alentarnos con esta gracia futura, Su palabra nos recuerda que Él nos ama y que camina con nosotros.

Lamentablemente, en nuestra incredulidad, en medio de las aflicciones corremos a otras cosas para adormecer el dolor o encontrar deleite: calmantes, vacaciones, cuidado personal, entretenimiento, deportes, dinero, poder, sexo y la lista sigue. O elegimos huir de las situaciones difíciles, en lugar de encomendarnos a Dios en medio de ellas. Pero nada de esto minimiza la carga que sentimos.

Aprendamos de David. David no solo recordaba los preceptos de Dios y los guardaba como tesoros en su corazón, sino que aprendió a deleitarse en ellos. Él meditaba en sus mandamientos, enfocaba su mirada allí y encontraba sustento, consuelo, dirección, esperanza, deleite y paz inigualable en medio de situaciones difíciles.

¿Qué haces cuando las circunstancias difíciles y las presiones de la vida te angustian? ¿Cuál es tu «pero» en medio de la aflicción? ¿A dónde corres?

¿Corres de aquí para allá para intentar resolver tus problemas o calmar la ansiedad?, ¿o corres a la Palabra de Dios para encontrar esperanza y ayuda oportuna?

Permite que Su Palabra sea tu consuelo. Deléitate en sus promesas. Permite que sean para miel a tu paladar, el gozo y la fortaleza de tu alma en medio de toda aflicción.

SALMO 119:148

«En toda la noche no pego los ojos,
para meditar en tu promesa».

Eran las 2am y escuché sus gritos de dolor. Mi esposa llevaba algunas semanas con riesgo de aborto. Habíamos esperado algunos años para poder tener bebés y el pronóstico para nuestra primera hija no era alentador. Aquella madrugada se levantó con mucho dolor y lo primero que vi fue una cantidad inmensa de sangre.

Muchos de nosotros hemos tenido que pasar la noche en un hospital. Esa noche fue especialmente complicada porque había poco personal y tuvieron que responder con los pocos recursos que tenían disponibles. Habían logrado detener la hemorragia y habían estado buscando los latidos del bebé; no los encontraban. Había que esperar algunas horas para que en la mañana llegaran los médicos e hicieran los estudios correspondientes para determinar si nuestra bebé seguía ahí. Mucha sangre y sin latidos no eran una buena imagen para tener en la mente y conciliar el sueño.

Las promesas de Dios trascienden lo que podemos ver. Proviene de un lugar del universo al cual no podemos llegar caminando ni construyendo torres, así que son un recurso que tenemos a nuestra disposición que no depende de las circunstancias del presente, sus promesas pertenecen a decretos eternos. El Salmo 119 es un excelente recordatorio del poder de la Palabra para consolarnos en medio del dolor.

Una visión romántica de la fe podría hacernos pensar que sus promesas nos aseguran la ausencia del dolor, pero no, sus promesas nos sostienen en el dolor, dolor que debemos ver como una dicha (Mat. 5:4). A veces ese dolor llega en la madrugada.

Llevábamos algunos minutos callados. La enfermera nos había dejado para dormir y lo último que dijo fue que «podría ser que el aparato para escuchar latidos no funcionara». Ni siquiera la tecnología estaba funcionando esa noche. No parecía que fuéramos a dormir, no pegaríamos los ojos en toda la noche. Mi esposa y yo solos. En realidad, no sabía qué decir, pero ella sí supo. Lo recuerdo perfectamente: «Vamos a orar para entregar a nuestro hijo en sus manos y confiar en que Él hará lo mejor, entonces tendremos paz». Lo hicimos, oramos durante unos minutos y decidimos descansar en sus promesas. ¿Cuáles promesas? De hecho, no había una promesa que nos dijera que nuestro hijo iba a estar vivo, pero sí había muchas otras que nos aseguraban que Dios estaría con nosotros fuera cual fuera el resultado final. Que no tuviéramos miedo, que confiáramos en Él, que Dios es mejor Padre que nosotros, que podíamos descansar. Así fue, dormimos.

A la mañana siguiente pudimos ver a nuestra bebé de nuevo en una pantalla, estaba viva y pataleando, algo que hoy sigue haciendo en casa. Aquella mañana me estaba enterando, de nuevo, de que sería padre; así se sintió y nunca olvidaré aquella sensación. Gracia sobre gracia.

Sus promesas están disponibles para ti a la hora que las necesites, porque Dios está siempre ahí. Nunca duerme el que te cuida (Sal. 121:3).

ÍNDICE DE CONTRIBUYENTES

Ávila, Ana.....	Día 8
Bendfeldt, Francisco.....	Día 1
Betances, Emanuel.....	Día 7
Capitaine, Adrián.....	Día 30
Capitaine, Llanura.....	Día 15
Custodio, César.....	Día 23
Custodio, Syndi.....	Día 13
González de Chávez, Laura.....	Día 29
Irizarry, Ariel.....	Día 3
Llambés, Carlos E.....	Día 25, 27
Llambés, Liliana.....	Día 26
Marín Ortiz, Wendy.....	Día 17, 24
Moncayo, Juan F.....	Día 6, 21
Montemayor, Giancarlo.....	Día 28
Montemayor, Marcela.....	Día 11
Oriolo, Enrique.....	Día 5
Osorio, Ramón.....	Día 20
Parra, John.....	Día 2
Pineda Dale, Josué.....	Día 16, 22
Solano, Alberto.....	Día 10
Suárez, Jairo.....	Día 4, 12
Torres, Kike.....	Día 9, 19
Zamarrón, Édgar.....	Día 14, 18